



III.

DOS meses más tarde, Federico, que llegó por la calle Coq-Héron, pensó inmediatamente en hacer su gran visita.

La casualidad le había servido. El tío Roque había ido á llevarle un rollo de papeles, rogándole que personalmente los entregara en casa del Sr. Dambreuse, y acompañaba el envío de una carta abierta presentando á su joven compatriota.

La señora de Moreau se mostró sorprendida de aquél paso, y Federico disimuló el placer que le causaba.

El Sr. Dambreuse, se llamaba en realidad el

conde d'Ambreuse; pero desde 1825, abandonó poco á poco su nobleza y su partido y se encaminó á la industria; con el oído en todos los despachos, la mano en todas las empresas, al acecho de las buenas ocasiones, sutil como un griego y laborioso como un Auvernés, había formado una fortuna que se decía considerable; además, era oficial de la Legión de honor, miembro del Consejo general de Aube, diputado, algún día par de Francia; complaciente, por otra parte, fatigaba al ministro con sus continuas peticiones de socorros, de cruces, estancos, y en sus censuras al poder se inclinaba al centro izquierda. Su mujer, la linda señora de Dambreuse, que citaban los periódicos de modas, presidía las Juntas de caridad. Acariciando á las duquesas, apaciguaba los rencores del noble barrio, y hacía creer que el señor Dambreuse podría aún arrepentirse y prestar servicios.

El joven se hallaba confuso al ir á su casa.

—Mejor hubiera hecho poniéndome el frac. Me invitarán, indudablemente, al baile de la próxima semana ¿Qué me dirán?

Reconquistó el aplomo pensando que el señor Dambreuse no era más que un burgués, y salió alegremente del coche á la acera de la calle de Anjou.

Cuando empujó una de las puertas coche-

ras, atravesó el patio, subió la escalera y entró en un vestíbulo, cuyo piso era de mármol de color.

Un doble ramal recto, tapizado de rojo, con varillas de bronce, se apoyaba en las altas paredes de reluciente estuco. Había, al pié de los escalones, un plátano, cuyas anchas hojas caían sobre el terciopelo de la baranda. En dos candelabros de bronce, colgaban, sujetos con cadenillas globos de porcelana; los respiraderos de los caloríferos, abiertos, exhalaban una atmósfera pesada, y se oía el tic-tac de un gran reloj, colocado al otro extremo del vestíbulo, debajo de una panoplia.

Sonó un timbre y se presentó un criado que introdujo á Federico en una pequeña habitación, donde había dos arcas con divisiones llenas de legajos. El Sr. Dambreuse escribía entre ambas sobre un buró de cilindro.

Recorrió la carta del tío Roque, abrió con su cortaplumas el lienzo que cubría los papeles y los examinó.

Desde lejos, y en razón de su corta estatura, podía parecer joven todavía, pero su escaso pelo blanco, sus miembros delicados, y sobre todo, la palidez extraordinaria de su rostro, acusaban un temperamento arruinado. Una energía cruel asomaba á sus ojos verdosos, más fríos que ojos de cristal.

Tenía los pómulos salientes y manos de nudosas articulaciones.

Por fin, se levantó y dirigió al joven algunas preguntas acerca de personas de su conocimiento, sobre Nogent, sobre sus estudios. Después le despidió, inclinándose.

Federico salió por otro corredor y se halló en el patio, cerca de las cocheras.

Un cupé azul, á que estaba enganchado un caballo negro, se veía parado delante de la escalera. La portezuela se abrió, subió una señora, y el coche, con sordo ruido, rodó por la arena.

Federico llegó al mismo tiempo que ella, por el otro lado, á la puerta cochera, y no siendo el espacio bastante ancho, tuvo que esperar. La joven, inclinada hacia fuera de la ventanilla, hablaba muy bajo al conserje. Federico no percibía más que su espalda, cubierta por una toca violeta. Sin embargo, se fijaba en el interior del carruaje, tapizado de reps azul con pasamanería y flecos de seda. Los vestidos de la señora lo llenaban, y de aquella pequeña caja guatada, se escapaba un perfume de iris y como una vaga sensación de elegancias femeninas. El cochero aflojó las riendas, el caballo rozó el guardaruedas bruscamente, y todo desapareció.

Federico se volvió á pié, siguiendo los bule-

vares, lamentándose de no haber podido distinguir á la señora de Dambreuse.

Algo más allá de la calle de Montmartre, el paso de carruajes, que le detuvo, le hizo volver la cabeza, y al lado opuesto, enfrente, leyó en una muestra de mármol:

JACOBO ARNOUX.

¿Cómo no había pensado antes en ella? La culpa la tenía Deslauriers; adelantóse hacia la tienda, pero no entró; esperaba á que ella apareciese.

Los grandes cristales transparentes, ofrecían á la vista, por una habil disposición, estatuas pequeñas, dibujos, grabados, catálogos, números del «Arte industrial», y los precios de suscripción se leían repetidos sobre la puerta, adornadas al centro con las iniciales del editor. Veíanse en las paredes grandes cuadros, cuyo barniz brillaba, y allá en el fondo, dos estantes cargados de porcelanas, bronces, curiosidades seductoras. Separábalos una escalerita cerradas en lo alto por un portier de moqueta, y una araña de Sajonia antigua, un tapíz verde sobre el suelo, con una mesa de marquetería, daban á aquel interior más apariencia de salón que de tienda.

Federico hacía como que examinaba los dibujos, y después de infinitas vacilaciones, entró.

Un dependiente levantó el portier y contes-

tó que el señor no estaría en el almacén hasta las cinco; pero si la comisión podía transmitirse...

—No; volveré—replicó suavemente Federico.

Empleó los siguientes días en buscarse alojamiento, y se decidió por un cuarto en el piso segundo de un hotel de la calle de San Jacinto.

Llevando debajo del brazo un cartapacio enteramente nuevo, se dirigió á la apertura de los cursos. Trescientos jóvenes, descubiertos, llenaban un anfiteatro, donde un anciano con toga encarnada, disertaba en voz monótona; las plumas arañaban el papel. Volvía á encontrar en aquella sala el olor polvoriento de las clases, una cátedra de forma semejante, el mismo fastidio. Durante quince días siguió yendo; pero aún no estaban en el artículo 3, cuando ya había abandonado el Código civil, y dejó la Instituta en la *Summa divisio personarum*.

Las alegrías que se prometía no llegaban; y cuando hubo agotado un gabinete de lectura, recorrió las colecciones del Louvre, y muchas veces seguidas fué al teatro, cayendo en una insondable ociosidad.

Mil cosas nuevas aumentaban su tristeza. Tenía necesidad de contar su ropa blanca y sufrir al conserje, záfio con facha de enfermero,

que venía por la mañana á arreglar su cama, oliendo á alcohol y gruñendo. Su cuarto adornado con un péndulo de alabastro le desagradaba.

Los tabiques eran delgados, y oía á los estudiantes hacer ponche, reír, cantar.

Cansado de aquella soledad, buscó á uno de sus antiguos camaradas, llamado Bautista Martinon, y le descubrió en una modesta casa de la calle de Santiago, quemándose las cejas sobre los Procedimientos, delante de un fuego de carbón de piedra.

Enfrente de él, una mujer con traje de india zurcía calcetines.

Martinon era lo que se llama un hombre guapo; grande, mofetudo, de fisonomía regular y ojos azules saltones. Su padre, labrador en grande, le destinaba á la magistratura, y queriendo parecer ya serio, llevaba su barba cortada en forma de collar.

Como los aburrimientos de Federico no tenían razonable motivo, y no podía argüir con desgracia alguna, Martinon no comprendió nada de sus lamentaciones sobre la existencia. El iba todos los días á la escuela, se paseaba luego por el Luxemburgo, tomaba por la noche su copa en el café, y con 1.500 pesetas al año y el amor de aquella obrera, se sentía perfectamente feliz.

—¡Qué dicha!—exclamó interiormente Federico.

Hizo en la escuela otra nueva amistad, el señor de Cisy, hijo de gran familia y que parecía una señorita en la elegancia de sus maneras.

El señor de Cisy se ocupaba de dibujo, le gustaba el gótico. Muchas veces fueron á admirar juntos la Santa Capilla y Nuestra Señora. Pero la distinción del joven patricio ocultaba una inteligencia de las más pobres. Todo le sorprendía, se reía mucho con la menor broma, y manifestaba tan completa ingenuidad, que Federico le tomó al principio por un burlón, y le consideró, finalmente, como un badulaque.

Las expansiones no eran, pues, posibles con nadie. Siempre estaba aguardando la invitación de los Dambreuse.

Por año nuevo les mandó tarjetas, pero no recibió ninguna de ellos.

Había vuelto al «Arte industrial».

Y entró una tercera vez, y vió por fin á Arnoux, que disputaba en medio de cinco ó seis personas, y apenas contestó á su saludo, cosa que ofendió á Federico. No por esto buscó menos el modo de llegar hasta ella.

Al principio tuvo la idea de presentarse con frecuencia para comprar cuadros. Luego pensó en deslizar en la caja del periódico al-

gunos artículos muy fuertes, con lo que adquiriría relaciones. Quizás valdría más correr derecho hacia el objeto y declarar su amor. Entonces escribió una carta de doce páginas, llena de sentimientos líricos y de apóstrofes: pero la rompió y no hizo nada, no intentó nada, inmovilizado ante el temor de un fracaso.

Encima de la tienda de Arnoux, había, en el primer piso, tres ventanas con luz todás las noches. Algunas sombras circulaban detrás, una especialmente, era la suya; y se iba muy lejos para mirar aquellas ventanas y contemplar aquella sombra.

Una negra, que cruzó cierto día por las Tullerías, llevando una chiquilla de la mano, le recordó la negra de la señora de Arnoux. Esa debía ir allí como las demás: cuantas veces atravesaba las Tullerías, palpitaba su corazón, esperando encontrarla. Los días de sol continuaba su paseo hasta el extremo de los Campos Elíseos.

Mujeres, negligentemente recostadas en sus calesas, y cuyos velos flotaban al viento, desfilaban delante de él, al paso de sus caballos, con un balanceo insensible que hacía crujir las capotas charoladas. Los carruajes aumentaban y yendo más despacio desde Rond-Point, ocupaban toda la vía. Las crines junto á las crines, los faroles junto á los faroles; los estribos

de acero, las barbadadas de plata, las hebillas de bronce, despedían puntos luminosos entre los calzones cortos, los guantes blancos y las pieles que caían sobre los blasones de las portezuelas. Sentíase como perdido en un mundo lejano. Sus ojos erraban de una á otra cabeza femenina, y vagas semejanzas traían á su memoria á la señora de Arnoux. Figúrabasela en medio de las demás, en uno de aquellos pequeños cupés, parecidos al cupé de la señora de Dambreuse. Pero el sol se ponía, y el viento frío levantaba torbellinos de polvo. Los cocheros metían la barba en sus cuellos levantados, las ruedas rodaban con mayor velocidad, el duro suelo de carretera rechinaba, y todos los carruajes bajaban al trote largo la gran avenida, rozándose, pasándose, apartándose unos de otros, para dispersarse luego en la plaza de la Concordia. Detrás de las Tullerías, el cielo tornábase triste pizarroso; los árboles del jardín formaban dos masas enormes, violadas en la copa. Los faroles de gas se encendían, y el Sena, verdoso en toda su extensión, desgarrábase en aguas de plata contra los pilares de los puentes.

Iba á comer, mediante dos pesetas quince céntimos por tarjeta, á un restaurant, calle del Arpe.

Miraba desdeñosamente el mostrador de

caoba viejo, las servilletas manchadas, los cubiertos grasientos y los sombreros colgados en la pared. Los que le rodeaban eran como él estudiantes; hablaban de sus profesores, de sus amantes. ¡Bastante le importaban los profesores! ¿Tenía él acaso amante? Para evitar sus alegrías, llegaba lo más tarde posible. Las mesas todas se veían cubiertas de los restos; los dos mozos cansados dormían en los rincones, y un olor á cocina, de quinqué y de tabaco llenaba la desierta sala.

Después subía despacio las calles. Los reverberos se balanceaban, haciendo temblar sobre el lodo largos reflejos amarillentos. Sombras se deslizaban por las aceras, con paraguas. El piso estaba pegajoso, caía la bruma, y parecíale que las húmedas tinieblas le envolvían, descendiendo indefinidamente en su corazón.

Los remordimientos le asaltaron, y volvió á las clases; pero como no conocía nada de las materias dilucidadas, le parecían difíciles las cosas más sencillas.

Se puso á escribir una novela titulada: *Silvio, el hijo del pescador*. La cosa pasaba en Venecia. El héroe era él mismo; la heroína la señora de Arnoux, que se llamaba Antonia; y para conseguirla, asesinaba á muchos caballeros, quemaba una parte de la ciudad y cantaba

debajo de los balcones de ella, donde se movían con la brisa las cortinas de damasco encarnado del bulevar Montmartre. Las reminiscencias excesivas que advirtió, le desanimaron; no fué más allá y su ociosidad aumentó.

Entonces suplicó á Deslauriers que viniera á partir con él su cuarto. Se arreglarían para vivir con sus dos mil pesetas de pensión; todo valía más que aquella existencia intolerable. Deslauriers no podía dejar aún á Troyes; le animaba á que se distrajera, y tratara á Sénécal.

Sénécal era un pasante de matemáticas, hombre de cabeza firme y convicciones republicanas, un futuro Saint-Just, decía Deslauriers. Federico había subido por tres veces sus cinco pisos, sin que le devolviera ninguna visita, y no volvió más.

Quiso divertirse, fué á los bailes de la ópera. Aquellas alegrías tumultuosas le helaban desde la puerta. Además, se contenía por el temor de una afrenta pecuniaria, imaginándose que una cena con un dominó suponía gastos considerables, y era una gruesa aventura.

Le parecía, sin embargo, que debían amarle. Algunas veces se despertaba con el corazón lleno de esperanza, se vestía cuidadosamente, como para una cita, y daba por París paseos interminables. A cada mujer que iba delante de

él, ó que avanzaba hacia donde él estaba, se decía: «Esa es.» Era sí una decepción nueva cada vez.

La idea de la señora de Arnoux, justificaba aquellas angustias. Quizás la encontraría en su camino, y soñaba para reunirse á ella complicaciones de la casualidad, peligros extraordinarios de que la salvaría.

Así los días transcurrían, en la repetición de los mismos fastidios y costumbres contraídas. Ojeaba folletos bajo las arcadas del Odeon, iba á leer la *Revista de Ambos Mundos* al café, entraba en una sala del Colegio de Francia, escuchaba durante una hora una lección de chino ó de economía política. Todas las semanas escribía largamente á Deslauriers, comía de vez en cuando con Martinon, veía en ocasiones al señor de Cisy.

Alquiló un piano y compuso vales alemanes.

Una noche, en el teatro del Palais-Royal, divisó en un palco de proscenio á Arnoux cerca de una mujer. ¿Era ella? El abanico de tafetán verde, puesto sobre el borde de la baranda del palco, ocultaba su rostro. Por fin, el telón se levantó y se bajó el abanico. Era una persona alta, de treinta años próximamente, estropeada, y cuyos gruesos labios descubrían al reirse espléndidos dientes. Hablaba familiar-

mente con Arnoux y le daba con el abanico golpecitos en los dedos. Luego una joven rubia, con los párpados algo encarnados, como si acabara de llorar, se sentó entre ellos. Arnoux permaneció desde entonces medio inclinado sobre su hombro, hablándole y escuchándolo ella sin contestar. Federico trataba de descubrir la condición de aquellas mujeres modestamente vestidas con trajes oscuros y cuellos bajos.

Al terminar el espectáculo se precipitó en los corredores, que llenaba la gente. Arnoux, delante de él, bajaba la escalera despacio, dando el brazo á las dos mujeres.

De repente, un farol de gas arrojó sobre él la luz; llevaba gasa en el sombrero; ¿habría tal vez muerto ella? Tal idea atormentó á Federico con tanta fuerza, que al día siguiente corrió al «Arte industrial,» y pagando de prisa un grabado de los que se veían extendidos en el mostrador, preguntó al dependiente cómo estaba el Sr. Arnoux.

El dependiente contestó:

—Pues muy bien.

Federico añadió, palideciendo:

—¿Y la señorã?

—La señorã también.

Federico se olvidó de llevarse el grabado. Acabó el invierno. Menos triste estuvo en

la primavera; se preparó para los exámenes, y habiéndolos sufrido medianamente, se marchó enseguida á Nogent.

No fué á Troyes á ver á su amigo, para evitar las observaciones de su madre.

Después, cuando volvió á la capital, dejó su alojamiento, y tomó en el muelle Napoleón dos piezas, que amuebló.

La esperanza de una invitación de Dambréuse le había abandonado, y su gran pasión hacia la señora de Arnoux comenzaba á extinguirse.





IV.

UNA mañana del mes de Diciembre, al dirigirse á la clase de Procedimientos, creyó observar en la calle de Santiago mayor animación de la ordinaria. Los estudiantes salían precipitadamente de los cafés, ó se llamaban por las ventanas abiertas, de unas á otras casas; los tenderos, en medio de las aceras, miraban con aire inquieto; los postigos se cerraban, y cuando llegó á la calle de Soufflot, vió una gran reunión al rededor del Pantheon.

Algunos jóvenes por bandas desiguales de cinco á doce, se paseaban dándose el brazo, y se juntaban con los grupos más numerosos pa-